

### ***Debí quedarme en cama por María Gutiérrez.***

-Mierda, ahora sí que estoy perdido.- me llevo las manos a la cabeza cuando veo al jefe salir de su oficina. Su rostro es de hierro y su mirada de fuego.

Empiezo a caminar nervioso en círculos considerando mis opciones... *si tan solo estuvieras acá.* Tal vez puedo lograr convencerlo de que esto no va a afectar el trabajo, tal vez, sí, es posible que me crea. Él se planta en mi escritorio con un deseo de muerte en los ojos y cuando deja ver una pistola que tiene en el cinturón de verdad desearía que estuvieras acá. De esta no salgo vivo.

-Mariano...- *no, estoy bien muerto.*

-Jefecito.- él comienza a acercar su mano al cinturón con su mirada de toro puesta en mí. Mi primer instinto es lanzarle el escritorio antes de que tenga suficiente tiempo para redecorar las paredes con mi sangre.

En la oficina se arma un alboroto entre los que salieron afectados por el desastre que les cayó encima y aquellos que no entienden qué ocurre. Cuando miro todo recuerdo lo feliz que estaba esta mañana viéndote despertar junto a mí con esa cara de niño atolondrado por el sueño, una que no se preocupa por las cuentas, los malandritos de la esquina o el qué dirán de nuestras familias. No me debí haber parado de la cama esta mañana, pero dijiste que presentarle la maqueta al viejo era muy importante como para no hacerlo pues tú crees en mí, crees que puedo ser un gran arquitecto. Pero sin duda no te viste venir esta, ¿o sí Ernesto?

Salgo corriendo en dirección al ascensor, tengo que salir de acá lo antes posible, debo llegar a ti. ¿Será que el viejo sí me liquida? Necesitamos la plata para el apartamento en Los Palos Grandes. Apenitas volteo el rostro y lo veo corriendo hacia mí, por poco me pisa los talones el condenado.

Cuando llego al ascensor un par de señoras de recursos humanos están aglutinadas en las puertas tratando de entrar antes de que se cierren, me las llevo por el medio y termino entrando en lugar de ellas. Adentro los demás me miran con caras de espanto, un anciano se queja de lo inconsiderada que es mi generación, otra se queja de que le pude causar un infarto y una de las secretarias de contaduría se ríe mientras me mira con ojos de conquista. *Ay mami, ni lo intentes.* Me recuesto en una de las paredes del ascensor mientras bajamos a planta baja; empiezo a negar con la cabeza recordando el día de la parrillada en casa del jefe, te acercaste con una botella de guarapita al grupo en el que yo estaba, todos menores de cuarenta, y te aprovechaste del poco coco que nos quedaba para empezar a trepar tu camino hasta mis pantalones. Lo hicimos en el baño de visitas y, si te digo la verdad, no sabía ni tu nombre.

Después de eso se hizo rutina vernos los viernes en la noche, luego quedarme en tu apartamento hasta los domingos y finalmente nos decidimos mudar hace un par de semanas al nuevo; “comenzar una vida juntos” le llamaste y yo de pendejo que te creí. Ahora te apuesto que me quedé sin chivo y sin mecate porque del trabajo con este numerito ya me botaron y ¿qué vamos a hacer ahora?, ¿pararnos en la Libertador de noche? Cuando las puertas se abren en planta mi pulso ya se ha normalizado y no siento que el corazón se me saldrá por la boca.

Aprovecho para llamarte y contarte lo que pasó, cuando contestas al tercer ring con tu ánimo intacto, esa misma felicidad que teníamos en la mañana, me doy cuenta que el estúpido trabajo ni me importa. Lo que importa es que tú me quieres y que yo a ti.

-¿Qué te dijo? ¿Le gustó la maqueta, no es así?- tu felicidad se siente hasta en estos círculos del infierno- Te digo que él será duro pero sabe reconocer talento. Serás el próximo Villanueva, ya verás.

Mientras tus palabras hacen nido de esperanza en mí del ascensor sale el viejo con la pistola en mano, buscando de la diana perfecta para practicar su puntería y toda la tranquilidad que oír tu voz me había traído se esfuma en un dos por tres.

-Mariano, mi amor, dime algo. ¿Cómo te fue?

-Te amo- puedo escuchar tu sonrisa al otro lado de la línea-. Si me pasa algo solo quiero que recuerdes eso.

-¿Pero qué pasa? ¿Todo bien?- con el teléfono aun en la oreja salgo corriendo otra vez.

Anoche, luego de dos años desde esa vez que me emborrachaste para poder seducirme, porque sabías que en mi sano juicio jamás te habría seguido el juego, saqué un anillo de mi pantalón y te pedí casarte conmigo ya que simplemente no quiero vivir mi vida sin ti, sin tus risas que se escuchan en el piso de abajo, ni tus arepas quemadas, ni tus tres horas frente al espejo antes de salir de casa, ni tus cosquillas, ni tus abrazos. Me dijiste que sí con lágrimas de felicidad en los ojos.

-Mariano, ¿qué sucede?- comienza él cuando escucha el cambio en mi respiración.

-¿Le dijiste a tus papás que nos vamos a casar?

-Sí, le dije a mi mamá esta mañana.

-Pues creo que a tu papá no le gustó mucho la idea. Tu mamá lo llamo, se metió a su oficina, pego gritos por teléfono y cuando salió empezó a perseguirme con una maldita pistola por todo el edificio.

-Mariano corre.

En el estacionamiento me tropiezo con un repartidor que me hace caer al suelo a unos metros de la salida; el viejo empieza a disparar en mi dirección y doy gracias por el chevette de alguien que me cubre las espaldas. Me levanto y sigo corriendo lo más que puedo desesperado por salir a la calle y perderme en la multitud.

-Te dije que no te acercaras a mi hijo... ¡pervertido!- grita soltando un par de tiros más que no sé cómo logro esquivar y apenas toco la acera me volteo a ver dónde está sin atreverme a detenerme. Es ahí cuando lo siento; el arrollador, brutal e irreversible golpe de un autobús del cual se lee "Tu envidia me fortalece" en letras verdes y rosadas. *¿Por qué coño salí de casa?* Tirado en el asfalto, lo último que veo es a tu papá acercarse como todos los demás curiosos para ver al moribundo.